

las sospechas que apuntan ó las noticias que dan? ¿Qué de los donaires de este redactor; de las *cosas* del otro; de las aprensiones de aquél; de los resabios del de más allá; de los alientos, de las esperanzas ó del desánimo de todos, según corran los aires de la política, y los *suyos* se aproximen ó se alejen?

Pero no quiero quitarle á usted el interés de la sorpresa, anticipándole informes que han de ser sabroso cebo de su curiosidad... Hágame usted el favor de darme un aplauso por este parrafeo, que, para soldado de pronto, no me ha salido del todo mal; y... el señor Sánchez tiene la palabra.

No un aplauso, sino un abrazo muy estrecho fué lo que yo dí entonces al agudo extremeño: la mejor moneda con que podía pagarle allí el cariño que me demostraba y el grandísimo favor que me había hecho.

Y hablando, hablando, pasó una hora más, y juntos y charlando todavía, salimos á la calle.



XX

ERA el tal empleo una verdadera ganga, si no por el estipendio, que no pecaba de pingüe, aunque á mí me lo parecía, por lo llevadero del trabajo, lo cómodo de las horas y la índole de las gentes á quienes servía yo. Algo me costó convencer á mi padre de que tanto daba estar empleado allí como en otra parte, porque el buen señor, aun sin la instintiva repugnancia que sentía hacia un periódico de las ideas de *El Clarín de la Patria*, hubiera preferido mi vuelta á la aldea mientras la nueva tortilla ministerial se volcaba, y tornaba á estar en candelero Valenzuela, de cuya paternal solicitud por mí esperaba torres y montones; pero al fin se convenció, y creo que de buena fe, y con ello me descargué del único pesar que entonces me afligía.

Por encarecimientos y recomendaciones de

Matica, que era niño mimado en aquella redacción, fui considerado en ella desde el primer día bastante más que como un simple empleado de la casa; pero recientes escarmientos me habían enseñado los riesgos de salirme de mis quicios, y me guardé mucho de abusar de estas ventajas, lo cual se tradujo allí en rasgo de modestia, y con ello me afirmé un tantico más en la estimación de todos los redactores.

Eran éstos, los que podían llamarse *de plantilla*, cinco con el director, porque los colaboradores, *amigos* y aficionados de todas especies, no tenían número. El director, á quien daré el nombre, por no dejarle sin alguno, para mayor facilidad del relato, de Redondo, tenía toda la fe, todo el entusiasmo y todo el tesón de un verdadero sectario. Era de la Rioja, patria de los grandes progresistas, y rico. Olózaga era su Minerva, Espartero su Marte, la Milicia nacional el sustentáculo del Olimpo, y la Constitución del 37, con las liberales reformas reclamadas por las necesidades de los tiempos que corrían, su libro santo. Á esta empresa había consagrado, con heroico desinterés, cuatro años hacía, fundando aquel periódico, su caudal, su poco talento, su reposo y aun el de toda su casta. Jurara yo que no cabían en aquel

hombre otras aspiraciones que las de arrojar de España «la tiranía,» descargar el presupuesto nacional del «ominoso renglón del *culto y clero,*» y restablecer, por ende, el imperio de la libertad al son del himno de Riego y al amparo del Duque de la Victoria. Á lo sumo, á lo sumo, la de sentarse en los escaños del Congreso, proclamado el sufragio universal, por el voto libre de un distrito de su provincia; y no por miseras vanidades ni con lucrativas intenciones, sino por velar así más de cerca contra las asechanzas de «la mano oculta de la reacción.»

Era vehemente, nervioso; y con esto y la fe que tenía en sus principios políticos, la práctica de tratar de ellos á todas horas y en todas partes, lo saturado que estaba de *la idea*, y el horror que sentía por todo gobierno reaccionario, y periódico, libro ó folleto que los amparase, era una verdadera máquina de escribir artículos de fondo; pero muy al caso y buenos: al caso, porque al entusiasta riojano no le dolían prendas, y siempre peleaba en terreno firme, aunque con la escasa libertad de movimientos á que le sujetaban los preceptos de la ley; buenos, porque por tales se reputaban los que, como aquéllos, abundaban en hinchazones rimbombantes y en ese fraseo pomposo y descomunal de lugares co-

munos y vocablos hechos; brillo de talco y estruendo de hojarasca, que han venido siendo (y no digo que son aún, porque algo nos hemos enmendado los españoles en ese resabio, de entonces acá) el ritmo de las batallas periodísticas, en las cuales pagaba siempre los vidrios rotos, y, á las veces, los paga todavía, saliendo descalabrada y maltrecha, la inocente lengua castellana. En este género de faenas era todo una especialidad el progresista Redondo; y, en virtud de ello, excusado es decir que se le reputaba por uno de los más valientes, *ilustrados*, hábiles y temibles periodistas de aquel entonces.

Pero ¡qué vida la suya! Me estremecía su actividad incansable, siempre con el mismo tema y enderezada á un solo fin. Lode menos era, con ser mucho y penoso, el trabajo que tenía en la redacción. Fuera de ella no se ocupaba un punto: el salón de Conferencias y los pasillos del Congreso; el café de *La Iberia*; la visita á algún prohombre del partido; la cita con el emisario del círculo patriótico de aquí; la respuesta al *mensaje* de los liberales de allí; el asedio al ministro de la Gobernación por el zapatero preso ó el *excedente* perseguido... ¡y qué sé yo! Todo lo recorría, y en todas partes estaba empujado por la misma fuerza, hablando del mismo asunto y sir-

viendo á la misma causa. Su mujer y sus hijos eran los que menos le veían. Llegaba tarde á las horas de comer; comía poco y de prisa, y vuelta á la calle. Trasnocaba; y al buscar en el lecho algún descanso, asaltábanle las pesadillas en cuanto le rendía el sueño. Á todo esto, esperando cada hora que el Gobierno le enviara á Cádiz, y desde allí, bajo partida de registro, á comer el amargo pan de la emigración á los quintos infiernos. ¡Y tan satisfecho!

No tenía cincuenta años, y era bastante bien parecido; y aunque se preciaba de esmerado en el ornamento y atavío de su persona, atrasaba mucho, pero mucho, en el reló de la moda imperante. Achaque era éste muy común en los hombres de sus mismas ideas. ¡Y si atrasaran sólo en el vestir y el afeitarse!... Pero no es de extrañar: ocupados en predicar el progreso, se olvidan de practicarle.

Parecíame á mí que los dos redactores que le ayudaban en la parte puramente política del periódico, no tomaban el asunto tan á pechos como él; y eso que rayaban más alto en *ideales*, palabreja que ya comenzaba á sonar entre los atisbos democráticos que centelleaban á ratos al choque de las ideas. El uno era madrileño; andaluz el otro; jóvenes ambos y

muy duchos ya en el oficio, al cual, en sus lucubraciones periodísticas, llamaban *sacerdocio*. El cuarto redactor tenía á su cargo la gacetilla y otras menudencias. Parecía de pronto lo más insignificante de la casa; y, sin embargo, de aquel rinconcito salían los tiros más certeros, los proyectiles más envenenados, los golpes más contundentes, lo que daba, en fin, verdadero interés al periódico; porque á nadie le disgusta ver crucificado á un ministro en un soneto, ó narrada la vida de otro en unas aleluyas chispeantes, ó achicharradas las flaquezas del lucero del alba en una letrilla de rescoldo; y todo eso lo hacía á maravilla aquel endiablado mozo, que me recordaba á Matica, cuando Matica se conformaba con ser mordaz sin ser obsceno.

Me consta que algunas veces le ayudó éste con gran éxito en su «misión» corrosiva y demoledora.

Las revistas literarias semanales estaban encomendadas á un colaborador que se firmaba *Segismundo*, y que, como este famoso personaje, no se mordía la lengua para cantar las verdades al más guapo, ni se olvidaba de que tenía en su desfachatez fuerzas bastantes para arrojarle por el balcón al mar de todos los oprobios, si llegaba el caso, como llegaba

á menudo, porque lo malo abunda, desgraciadamente.

Estos hombres, más otro inofensivo redactor de tijera, á cuyo cargo estaban las noticias de provincia y del extranjero, con tal cual insulso y ñoño comentario, eran los que de ordinario alimentaban de materia legible á *El Clarín de la Patria*; pues las correspondencias de medio mundo que se publicaban en él eran escritas, casi siempre, en la misma redacción.

Ocupaba ésta lo mejor del piso bajo de la casa en que estaban instaladas todas las oficinas. La mía se hallaba cerca de la puerta de entrada, y tenía otra de escape que comunicaba con la redacción, espaciosa sala con un gabinetito *de respeto* donde se recibía á los visitantes muy esperados, y se trataban los asuntos de mayor cuantía. El resto de la casa le ocupaba la imprenta. Todos los sirvientes, de redacción abajo, estaban á mis órdenes, dos de los cuales me ayudaban en la oficina de mi cargo; y como eran antiguos en ella y muy duchos en aquellas incumbencias, no solamente me aliviaban de una gran parte de mi trabajo, sino que en pocos días me pusieron al corriente en todo cuanto abarcaba mi jurisdicción administrativa. Entonces pude ver, con mucho gusto mío, que *El Cla-*

rín de la Patria tenía grandísima suscripción y comenzaba á ganar no poco dinero.

Cuantas noticias me había anticipado Matica referentes á aquella casa, eran la pura verdad: los libros y los folletos andaban en ella por los suelos; y de periódicos nada se diga, porque cambiaban con *El Clarín* casi todos los de España y muchos extranjeros; así es que me faltaba tiempo para engullir farrago y más farrago; pues es de notarse que mi voracidad era tanto más insaciable, cuanto mayor era el acopio en que se cebaba. Solamente uno de mis subalternos de oficina, poseía cerca de treinta novelas recortadas por él de folletines: pues todas me las leí en semana y media; y como la redacción tenía butaca gratis, cuando no dos, en cada teatro, siempre había alguna de sobra, de la cual disponía yo por especial obsequio del director, que conocía mis aficiones. De manera que en estos dos vicios, que tanto dinero me habían costado antes, podía hasta encenagarme sin gastar un maravedí; lo cual representaba un sobresueldo de mucha consideración. Aprendí un poquillo de francés con un perulario que entraba mucho en la redacción á título de agente de los liberales de *allá*, y me daba una lección diaria por treinta reales al mes. Bastante más le sacaba al inocente

director, á quien tenía sorbido el seso trazándole planes y encajándole estupendas bolas sobre «socorros mutuos de progresismo internacional,» como decía Matica cuando el candoroso Redondo le contaba los milagros que podían obrarse por mediación de aquel sin vergüenza, queapestaba á *cognac* desde el vestíbulo.

La ordinaria concurrencia de extraños á la redacción, podía clasificarse en tres grupos: ociosos pegotones que iban á darse allí un hartazgo de periódicos de todos colores; liberales vehementes que, no contentos con lo poco que podía publicar la prensa y lo contradictorio de los rumores de café, buscaban con avidez noticias gordas en buenas fuentes, y amigos é *iniciados* en los secretos del partido. A los primeros de este grupo pertenecía Matica, que me visitaba muy á menudo; á los segundos «un honrado hijo del pueblo,» carretero de oficio, con taller en la plaza de la Cebada, y que se llamaba Godos (a) *Bujes*; el cual Bujes era un hombre de «cierta edad,» rehecho, bien aplomado y muy velludo; morenate, sereno de faz, algo cuadrada ésta y rigurosamente inscrita en un marco negro como el cisco, marco formado por las patillas, sin bigotes, unidas por delante de los oídos al pelo de la cabeza, recortado en medio pun-

to á dos dedos escasos sobre las cejas hirsutas. Vestía pantalón y blusa corta de mahón azul muy oscuro, sobre burdo traje de paño, y gastaba en la cabeza barretina morada, caída hacia el hombro derecho. Hablaba poco y no mal, en voz reposada y muy sonora; y cuando se enardecía algo, era hasta un poquillo elocuente. Pues este Bujes tenía mucho influjo entre los hombres de su barrio, y era gran propagandista de las ideas de *El Clarín*. Había sido sargento 1.º de la 4.ª compañía del 1.º de Ligeros de la Milicia Nacional disuelta el 43; y estuvo muy metido en el ajo del 48, creyendo que sólo se trataba de restablecer aquella benemérita institución, por cuya vida estaba él siempre dispuesto á dar la suya y otras ciento que tuviera. Cuando advirtió la equivocación, era tarde para retirarse; y por un milagro de Dios, tras de haber expuesto la vida en el negro trance, se libró de ir ensartado á Filipinas. Esto de la Milicia Nacional era el eje sobre que giraba toda la máquina de las ideas políticas del buen Godos; y aun, apurando un poco la materia, no la Milicia como «institución salvadora de los sacrosantos intereses de la libertad,» sino el 1.º de Ligeros, ó quizá, quizá, el empleo de sargento de la 4.ª compañía. Por supuesto que él no lo creía así, y antes se tenía, y lo

era en rigor, por el más consecuente liberal de la Constitución del 37, sin restricciones ni reservas, de cuantos se paseaban por las calles de Madrid, y se paseaban de éstos á millares. Pero quiero yo decir (y sin ofensa de la honrada memoria de aquel benemérito progresista), que sin haber vestido los marciales arreos de miliciano ni conocido al general Espartero, tal vez no se hubiera consagrado con alma y vida, como lo estaba, al servicio de todas las cosas cuyo triunfo era de necesidad para que volviera Espartero, y se restableciera la Milicia Nacional, y, por consiguiente, la 4.ª compañía del 1.º de Ligeros. Después de todo, aun afirmando lo que pongo en duda con relación á Bujes, tampoco sería caso raro este ejemplar, como podían atestiguarlo, si fueran un poco dados á sutilizar conceptos y desenmarañar ideas mal digeridas, tantos y tantos honradísimos representantes del comercio de aquende y de allende, ejemplares y hasta heróicos padres de familia, incansables contribuyentes por lo urbano, y miles y miles de ciudadanos pudientes, sin mácula ni tilde, que fueron honra, esplendor y sustentáculo del partido en sus mejores tiempos... ¡Y es natural, qué diablo! El uniforme guerrero tiene mucho atractivo, no vistiéndole á la fuerza, y al más panzudo

y estevado le cae á maravilla; y el centellear del acero desenvainado, y la carrillera del morrión entre los dientes, y el batir de las cajas y sonar de las trompetas en esta parada y en aquel desfile enfrente de la honrada esposa y de los pequeñuelos asombrados, ó delante de la novia emperijlada... Vamos, que es para que el más tibio arrime el hombro á cualquier pronunciamiento que lo traiga, por lo mismo que la «mano de la reacción» se lo lleva siempre que se le antoja.

Volviendo á Bujes, añado que era el agente preferido de Redondo, por activo, de confianza y valiente si los había. Podría ser inconsciente efecto de un escondido impulso de amor á la «benemérita;» pero ninguno servía á la causa entera y verdadera con mejor voluntad ni más abnegación que él. Esto lo sabían todos en aquella casa, y por ello era de todos muy cordialmente estimado.

Iba muy á menudo á hablar con el director, y casi siempre le recibía en el gabinete reservado, señal de que se trataba de asuntos de contrabando.

Allí se vivía en perpetua conspiración. Y, en verdad, que con sobrados motivos. Desde que imperaban los hombres que habían sucedido al tirano Bravo Murillo (copio el estilo de Redondo), *estábamos* todos los buenos li-

berales trinando de indignación: á un atentado seguía otro atentado; á un atropello, otro atropello; á una iniquidad, otra iniquidad. Al abrigo de su misma insignificancia personal, consumaban ¡cobardes! la obra infame que sus predecesores solamente se habían atrevido á iniciar. Nos habían aherrojado el pensamiento, apretando los tornillos que los otros pusieran á la prensa; habían atacado la inviolabilidad senatorial, destituyendo senadores por el pecado de votar, conforme á sus conciencias, desempeñando cargos oficiales; en fin, hasta habían devuelto los bienes á Godoy, ¡al amigo de María Luisa! ¿Se podía hacer más? ¡Y todo por cierta *influencia oculta*, á la cual se debió también que, al cabo, y cuando ya la luz iba á hacerse en el seno de la representación nacional, se declarara, de real orden, terminada aquella legislatura! ¡Por entonces sí que hubo movimiento en la redacción! Bujes ardía y chirriaba, como una manga sin engrasar dentro de su apellido, y Redondo no comprendía, ya que el partido yacía en letargo embrutecedor, cómo los adoquines de la calle de las Rejas no se levantaban solos para vengar de tanta afrenta al pueblo esquilmado y oprimido. De modo que en aquellos días, rebosándonos la indignación por encima de los estorbos de la ley, tuvimos

tres recogidas y otras tantas causas criminales, que nos costaron mucho dinero y grandísimos disgustos.

Mi padre, que recibía el periódico regalado desde que yo andaba en su administración, no cesaba de conjurarme, por todos los santos de la corte celestial, á que no me dejara inficionar de aquellas endiabladas políticas que podían dar al traste conmigo, y aun con cosa más alta y respetable, Y vean ustedes: yo, que entre las gentes y los fervores de *El Clarín de la Patria*, vivía tan fresco, indiferente y descuidado, me las echaba de terne con mi padre, y le hablaba de «las corrientes del siglo,» de «vendas en los ojos,» de la «necesidad de transigir y de andar para no ser atropellado,» del «viejo obscurantismo,» de «la luz de las nuevas ideas...» Nada, pura fatuidad.

En esto había llegado el verano, seco y achicharrador en aquella Libia desconsoladora, sin agua y sin árboles; los teatros estaban cerrados, y mis compañeros de posada y Matica se habían ido á pasar las vacaciones con sus respectivas familias. ¡Cuánto envidié á los primeros, que estarían recreando la vista en los verdes y frescos paisajes de mi tierra, al arrullo del espeso follaje mecido por las auras refrigerantes del Cantábrico, mien-

tras á mí me ahogaba el tibio y espeso ambiente de las calles, que parecía salir de la boca de un horno de fundición!

Valenzuela se quedó también en Madrid, como un simple mortal; pero, á mi ver, en expectativa de los acontecimientos políticos que se sucedían con inusitada frecuencia. Por de pronto, el ministerio había caído al día siguiente de obtener el decreto de clausura de las Cortes, y el incoloro que le había sucedido tras una larguísima y trabajosa crisis, no era *viabile*, según el dictamen de expertos doctores en la materia. Se esperaba una situación más vigorosa y acentuada; y se esperaba con tal fe, que el mismo don Serafín renunció á gestionar en favor de su reposición, persuadido de la poca consistencia de aquel Gobierno.

—Pero ¿qué idea le ha dado á usted de meterse en estos líos?—me dijo en mi oficina al día siguiente de haber tomado yo posesión de ella.

Y como me asaltara cierto ruborcillo de decir la verdad á un hombre que me había tenido, y acaso me tenía aún, por un pudiente montañés,

—¡Qué quiere usted!—le respondí:—caprichos de los hombres; compromisos de amistad, y luégo, que hay que saber de todo; y

como á nadie le amarga un dulce, y éste lo es por muchas razones...

—Ya, ya. Pues calabaza, me alegro de veras. Me gusta á mí este periódico por lo frescas que las canta. ¡Pues como pusiera yo en él la pluma, Santo Cristo del Amparo, con el saco de bilis que yo tengo!... Pero si no la pongo, ya le daré á usted ocasión de ponerla de modo que levante en vilo á algún pillo desorejado...

Y desde entonces iba á verme tres ó cuatro veces á la semana. No con tanta frecuencia visitaba yo á su hija, pero la visitaba. Desde la noche que la hallé sola en la calle y la acompañé á su casa, parecía haberme perdido el respetillo que antes me tenía: verdad que tampoco estaba yo á su lado, desde entonces, tan respetable y formalote como de recién llegado á Madrid. Sin embargo, siempre propendía un poquillo á lo sentimental la hija del buen Balduque. Sabiendo que le gustaban mucho las novelas, le dí algunas, y observé que prefería siempre las más empalagosas por lo tiernamente tristes. ¡Pero qué monísima estaba, y cómo le rebosaba la frescura á medida que apretaban los calores del verano!

Como donde menos me abrumaban éstos era en las oficinas del periódico, bastante frescas, relativamente, en ellas me pasaba la ma-

yor parte del día y de la noche; y sobrándome el tiempo hasta para leer, escribía y escribía... ¡Cuánto escribí en aquel verano, y cuánto oculté, como si fuera pecado, ó rompí teniéndolo á crimen imperdonable! Porque la profecía de Matica se cumplió: el olor de la tinta de imprenta me embriagaba, y el ejemplo de los redactores me seducía. Escribí en verso y en prosa, serio y alegre; en fin, escribí de todo y sobre todo; porque, según ya lo he declarado otra vez, con una memoria descomunal y gran facilidad para asimilarle asuntos y estilos ajenos, en poniéndome á escribir no acababa, y daba un chasco al más pintado. Algo de lo escondido se vió, sin embargo, porque mi trato con la gente de la redacción iba siendo ya bastante íntimo y muy continuo. Aplaudieronmelo, y que quieras que no, lo enviaron á las cajas. Era á modo de reseña humorística de los acontecimientos político-sociales de la semana, que no valía dos ochavos; pero se imprimió, y *alea jacta est*.

Ni César se vió más resuelto y decidido al otro lado del Rubicón, que yo ufano cuando leí conmovido en la sección de *Variedades* de *El Clarín de la Patria*, el primer parto de mi ingenio que había merecido los honores de la imprenta.

Aquel mismo día cayó el ministerio. ¡Cosa más rara! como diría don Magín de los Trucos. Murmurábase que le había derribado la misma *oculta influencia* que lo trastornaba todo en aquellos tiempos. Sucedióle otro presidido por el Conde de San Luis, y volvió Valenzuela á gustar las dulzuras del presupuesto. *El Clarín de la Patria* saludó el acontecimiento con un botasilla que le costó un disgusto de los gordos. Pocos días después me escribía mi padre:

«¡Ahí le tienes ya, hijo mío! ¡Acude á su amparo, que no te le negará ahora que puede y está agarrado en firme; y deja esas interinidades, tan peligrosas para el cuerpo como para el alma...»

¡Para dejarlas estaba yo, después de haber catado la tinta de imprenta, y teniendo en casa la manera de arrimar una paliza diaria al pícaro manchego!



XXI

COMENZABA el otoño; tornaban á sus hogares los expedicionarios veraniegos de Madrid, que entonces no eran tantos ni tan varios como ahora; inauguraban sus campañas de invierno los teatros; despolvoreábanse los aristocráticos salones; comenzaba, en fin, á palpitar la vida de invierno en el corazón del adormilado Madrid del estío, y *El Clarín de la Patria* aún tenía echada la llave á la sección de revistas semanales, crónica razonada del movimiento literario de España, con entretenidas excursiones, á veces, hasta por la elegante indumentaria de salón. Y ¿cómo abrirse aquellas puertas si el que vivía dentro se había mudado de casa? Es de saberse que *Segismundo* había cambiado su pluma de revistero por la de oficinista en el ministerio de la Gobernación, adonde le había llevado el Conde de San Luis, gran protector de literatos, si es

que puede llamarse protegerlos el colocarlos de modo que ó tengan que dejar de escribir, ó que descuidar los asuntos de su cargo. Y que no amengüe en nada la franca exposición de éste mi leal parecer la buena memoria de aquel rumboso prócer, en lo que atañe á su incansable deseo de amparar á los hombres de talento; pues bien sabe Dios que si desapruebo el modo, estoy muy lejos de no aplaudir la intención.

El caso es que como no era decente que *Segismundo* cobrara con una mano la respetable nómina de su destino, y con otra escribiera en el periódico de más rabiosa oposición de cuantos se publicaban en España, se despidió muy cortesmente de Redondo, con expresiones para todos los demás de la casa; y habiendo acontecido esto, un día me llamó el director á su gabinete, donde estaba con los demás redactores; y después de poner á *Segismundo* de pancista, de liberal de pega y de otros tales primores, que no había por dónde cogerle, me dijo:

—Hemos acordado ahora mismo que se encargue usted de hacer las revistas literarias.

Necesité que me repitieran á coro todos los presentes estas palabras, para convencerme de que estaba despierto y de que no se bur-

laban de mí aquellos señores, cada uno de los cuales podía desempeñar el cargo muy gallardamente, al paso que yo...

—No hay excusa que valga—me decían, atajando uno á uno mis reparos.—Es cosa resuelta. Ninguno de nosotros puede dedicarse á eso por falta de tiempo, y aun de dotes que abundan en usted.

Me asustó el piropo, y quise sacudirme de él. Me lo volvieron á echar encima. Expuse mi ignorancia, mi inexperiencia...

—Le hemos oído á usted muchas veces—dijo el gacetillero,—atinadísimas observaciones sobre las obras dramáticas que conoce; y en lo que lleva publicado en *El Clarín* hay muestras de todo lo que se necesita para ser un revistero en regla...

—No es lo mismo—repliqué,—emitir una opinión hablando familiarmente, que escribir un juicio razonado, que ha de leerse y criticarse...

—¡Qué juicio ni qué calabaza, hombre!—replicó el redactor madrileño, que escribía hasta de teología sin haberla saludado.—¡Medrados estábamos si tuviéramos que conocer á fondo todos los asuntos que ventilamos en la prensa! ¿Para qué es el ingenio, para qué las callejuelas y puertas falsas del arte, de la lengua y del estilo, sino para entrar donde

se nos antoje y salir cuando nos acomode, sin temor de que nadie nos cierre el paso ni nos sorprenda ni nos corte la retirada? Es natural—continuó,—por lo mismo que es usted modesto, que le asuste un poco la idea de lanzarse de golpe y porrazo á fallar en última instancia pleitos de tan especial naturaleza; pero si usted reflexiona que, por de pronto, no es de necesidad absoluta que esos fallos sean tan claros que todo el mundo los entienda, ni siquiera que sean fallos, la cuestión cambia de aspecto. Vea usted un plan. Mientras examina usted el terreno y toma posiciones y se acostumbra á mirar cara á cara al enemigo, y al olor de la pólvora y al estruendo de las primeras embestidas; en una palabra, mientras no sea dueño absoluto del campo (que no tardará en serlo), no suelte usted prenda alguna allí donde vacile siquiera, y despáchese con un poco de pirotecnia que deslumbré y haga ruido; donde se considere algo más firme y mejor pertrechado, hunda el arma hasta la empuñadura, ó sacuda el incensario hasta que se acabe el humo. Para hacer esto con valentía y desparpajo y, sobre todo, con acierto, comience usted por dividir las obras que examine en dos grandes grupos: las de nuestros amigos y las de *los otros*. Entiendo por obras de nuestros amigos las co-

medias, las novelas, los folletos, cuanto publiquen los hombres de nuestras ideas ó de nuestra amistad íntima, ó aquéllos á quienes siquiera hablemos ú oigamos hablar en el café, ó nos merezcan alguna estimación en cualquier concepto simpático; y entiendo por obras de *los otros* las que publiquen los enemigos de la libertad y no nos saluden en la calle. Pues bien: supongamos que en una obra de nuestros amigos anda muy descuidada la forma; que es una comedia con la cual se duermen los espectadores, ó silban y patean; ó un libro que se cae de las manos y afrenta á la lengua castellana. «Cierto»—diremos,—«que hay algunos desaliños de lenguaje, y algunas contradicciones de carácter, y, si se quiere, también algunos descuidos de monta en la trabazón de la fábula; descuidos, contradicciones y desaliños que no significan nada, absolutamente nada, en las obras de arte, por lo mismo que son de fácil y mecánico remedio, siempre que el autor se digne descender de las altas esferas de su inspiración desbordada para ocuparse en esas prosáicas maniobras de taracea. Pero el fin objetivo, pero la idea, pero los cauces que allí se abren á las corrientes de la nueva civilización; pero el altísimo criterio con que se expone y se desenvuelve esto y lo otro y lo de

más allá...» Y aquí derrama usted el talego de todas las ponderaciones, hasta sacar en consecuencia que en la tal obra lo bueno es de lo mejor, y lo malo no pasa de *ligeros lunares*. No hay para qué decir que cuando las obras de nuestros amigos son siquiera medianas en la forma y en el fondo, se voltean todas las campanas de la crítica. Pues supongamos las mejores condiciones de bondad en las obras de *los otros*. «No puede negarse»—diremos,—«que está bastante bien escrita, que tiene cierta gracia, y que interesa *hasta cierto punto*; pero ¿cómo ha de ser bello lo que está concebido en la obscuridad y el frío de los sepulcros, y en la lobreguez de las ruínas? ¿A qué fin artístico responde el propósito fundamental de este libro ó de esta comedia ó de este drama? ¿Quién le ha dicho al autor que el arte, que es la belleza, puede hermanarse nunca con horribles ideas que pugnan con las corrientes de las modernas sociedades: el frío mortal del invierno con el calor vivificante del estío; la luz con las tinieblas?» Y así le va usted abrumando poco á poco, hasta que le mata, demostrando que la obra que analiza es una verdadera abominación. Si además de lo malo del fondo, por no ser de nuestras ideas, tiene flogilla la forma, cuatro despreciativos garrotazos, y á

otro asunto... Desengáñese usted, no hay oficio más cómodo.

¡Ay, Matica de mi alma! ¿por qué retrastaste tu vuelta á Madrid? ¿Por qué no sanaste primero del prosáico romadizo que fué la causa de ello? ¿Por qué no estuviste á mi lado en aquellos infaustos días en que la serpiente me tentó con fruta tan de mi gusto? ¡Tú, con tu buen seso y parecer tan distinto del de aquellas empecatadas gentes, no me hubieras dejado caer en la tentación!... Porque caí, sí, caí sin que me valieran razones ni alegatos que se desvanecían en el humo del incienso con que me trastornaban el juicio mis interlocutores. Llegué á creerlos y á creerme á mí, por ende, capaz de las más altas empresas crítico-literarias; y cuando volvió Matica, muy cerca del fin de octubre, ya era tarde para retroceder. Ya había probado dos veces los deleites de aquel apetitoso magisterio, que á tantos mortales, tan firmes de mollera como yo, ha hecho unos pobres mentecatos antes y después acá. ¡Buenas cosas me dijo! ¡Grandes verdades me cantó palmoteando sobre los mismos testimonios de mi delincuencia!; pero ni Matica ni el Preste Juan eran capaces de convencerme de que no debía continuar la empresa que traía entre manos, desde que yo había leído en todos los

periódicos liberales de Madrid, estas palabras, remitidas, como supe andando los meses, por el gacetillero de *El Clarín*: «Están llamando la atención de todos los literatos las revistas críticas que publica en *El Clarín de la Patria* el distinguido escritor que oculta su verdadero nombre tras el modesto seudónimo de *Pedro Sánchez*. No tiene nuestro colega por qué sentir la deserción del famoso *Segismundo* al campo enemigo.»

He de decir cuatro palabras acerca del estado en que se hallaban mis dominios al empuñar yo el cetro de la crítica. En la novela imperaban las traducciones del francés; y eran los autores preferidos V. Hugo, Dumas, J. Sand, Sué, Paul de Kock y Soulié. La española tenía pocos cultivadores, y no abundaban los lectores que preguntaran por ella. Sabíase, creo que de oídas, que Villoslada había escrito *Doña Blanca de Navarra*, y que era ésta una novela excelentísima al modo de las de Walter Scot; alguna de Fernández y González era bastante más leída y celebrada. Fernán Caballero acababa de publicar *Clemencia*, después de haber adquirido fama con *La Gaviota* en 1849; pero es de advertir que, por resabios románticos que quedaban aún en el gusto del público, éste prefería el amor empalagoso é inverosímil de aquella sen-

sible y lacrimosa heroína, al ridículo y extravagante inglés, y las inaguantables escenas á que este punto da lugar, á los sabrosos pasajes y cuadros llenos de color y de verdad, en los cuales entran, como figuras de primer término, don Martín, don Galo Pando, la Marquesa, la Coronela y la tía Latrana. Esto se desechaba por *vulgar* y poco elegante; y, sin embargo, era la miga del ingenio de Fernán; lo que ha hecho que viva y no muera jamás esa novela, como no morirán *La Gaviota* ni otras muchas de la misma ilustre autora, precisamente por estar llenas de «vulgaridades» por el estilo. Como efecto de aquella misma causa, gozaban de cuanta boga podían gozar entonces libros en España, *Jarrilla* y *La Sigea*, dos novelas románticas de Carolina Coronado, y *El...* (no recuerdo qué) *de Monfaucon*, otra que tal de la Avelaneda; en la cual novela andaba la heroína con la cabeza de su amante colgada del pescuezo, por medio de una cadena de plata, suplicio á que la había condenado el bárbaro castellano su marido. Antonio Flores había dado á luz otra de costumbres contemporáneas, con el título de *Fe, Esperanza y Caridad*, abundante en cuadros curiosos y no mal pintados, pero atestada de lugares comunes de novelón por entregas. Vale mucho

más que esto su galería de cuadros, *Ayer, Hoy y Mañana*, comenzada á exhibir en 1854, y terminada por completo años después. Reciente estaba también la publicación de *El libro de los Cantares*, de Antonio de Trueba, el mejor y más fecundo cuentista de cuantos se pasean en España, y el autor español más traducido á extrañas lenguas. Ayguals de Izco se había propuesto ser el Eugenio Sué de acá, y no quiero decir cómo lo lograba. De Antonio Hurtado se conocía una novela, *Cosas del Mundo*, premiada recientemente por la Academia de la Lengua. Otra circulaba bastante, de Patricio Escosura, *El Patriarca del Valle*, y se elogiaban una de Juan de Ariza, *Un Viaje al Infierno*, sátira del Madrid entonces, en que había muchos anagramas demasiado transparentes, y otra, *La Dama del Conde-Duque*, bien perjeñada y con mucho sabor de época, de Diego Luque, á la sazón casi un muchacho.

El Curioso parlante había cerrado su cartera de apuntes literarios, y se entretenía en escribir de vez en cuando sobre *Mejoras de Madrid*, mientras saboreaba la gloria del renombre que le habían dado sus *Escenas Matritenses*.

En el *Museo de las Familias*, de Mellado; la mísera y casi andrajosa *Ilustración*, de

Fernández de los Ríos, y *El Semanario Pintoresco*, no recuerdo de quién, pero sí que andaba en sus postrimerías, dábanse á luz, entre muchas traducciones, algunos trabajillos sueltos con las firmas precedentes que no han de immortalizarse allí, y otras tantas que se han olvidado ya, ó que, de seguro, estarán en *Los españoles pintados por sí mismos*, mamotreto célebre en que se declara todo menos lo que el editor se propuso; porque entiendo que en España hay algo más, como color nacional y distintivo, que zapateros de portal, beatas, canónigos, toreros, mozos de cordel y cuanto se inventaría en aquel catálogo de excepciones singularísimas; lo cual no quiere decir que cada figura de por sí no sea digna obra del pincel que la trazó; pero sí que el rótulo del album fué mal aplicado, ó no se ajustaron á su sentido los pintores que iban llenando las hojas.

Y esto, salva alguna insignificante omisión en que pueda haber incurrido mi memoria, es cuanto daba de sí el género, aunque parezca mentira.

El Duque de Rivas, Zorrilla, Villergas y otros poetas de nota, andaban fuera de la patria, ó calladitos en su pueblo ó á la sombra de un destino. La Avellaneda, la Coronado y García de Quevedo, publicaban tal cual lu-

cubración romántica, de tarde en tarde. El surtido de poesías de los pocos y malos periódicos literarios que existían, corría de cuenta de los Larrañaga, Vila y Goyri, Ribot y otros de quienes ya no me acuerdo ó no quiero acordarme.

El teatro, ya que no por la cantidad, por la calidad de los poetas, tenía más lozana vida que la novela. Bretón de los Herreros, aunque en el crepúsculo de la tarde, iluminaba todavía la escena en que tantos lauros había ganado, con frescas y agradables luces de su inagotable ingenio. Hartzenbusch escribía comedias tan delicadas como *Un sí y un no*; García Gutiérrez, aunque muy tentado del demonio de la zarzuela, no olvidaba del todo á la musa que le inspiró *El Trovador* y tantas obras coronadas por el aplauso y la admiración del público de su tiempo; Tamayo trepaba á la más alta jerarquía del ingenio dramático con su tragedia *Virginia*; Ventura de la Vega, trabajando también á destajo para la zarzuela, saboreaba los aplausos que le valía *El hombre de mundo*, que aún no había perdido la novedad en los carteles, igual que acontecía con *Don Francisco de Quevedo*, lo único bueno que supo hacer para el teatro el ingenioso *bohémio*, haragán impenitente, Florentino Sanz; de Ayala se es-

trenaba *Rioja* con mediano éxito, y de Rubí *De potencia á potencia* y algo más que no recuerdo; Eguílaz había aparecido el invierno anterior con *Verdades amargas*, comedia ruidosamente aplaudida, y que no por estar plagada de incorrecciones de lengua, y hasta de arte, dejaba de anunciar un poeta dramático de buena cepa; inmediatamente después obtuvo otro gran éxito su drama *Alarcón*; y en la temporada de mi advenimiento á la crítica, su obra, *El Caballero del Milagro*, no fué menos afortunada que las anteriores; Serra emulaba los donaires de Bretón en humoradas tan lindas como *La Boda de Quevedo*; Juan de Ariza escribía comedias muy agradables; y, en fin, y sin contar otras producciones más efímeras ni mencionar otros poetas de menor cuantía, se representaban traducciones tan importantes como *Adriana* y *Sullivan*, drama este último que valió á Julián Romea los mayores triunfos de su ya entonces larga y gloriosa carrera de actor.

Este hombre insigne, con la Palma y el viejo Guzmán, representaban aquel invierno en el teatro de los Basilio; en el del Príncipe, Arjona con Teodora Lamadrid, Calvo y los Osorios; en la Cruz, Variedades é Instituto, compañías de poco más ó menos, entreteniendo con melodramas, magia y hasta cua-

dros disolventes, el escaso público de que podían disponer.

Aún se representaba de vez en cuando algo del género andaluz, puesto de moda años antes por el actor Dardalla y sus imitadores. Yo alcancé á ver todavía *El corazón de un bandido* en el teatro del Instituto, y *El Tío Caniyitas* en el del Circo, drama romántico muy afamado la primera de estas obras, y popularísima zarzuela la segunda, de Franquelo y Sanz Pérez, respectivamente, como casi todo lo que se representaba y se había representado del mismo abominable género.

El teatro de moda era el Circo de la Plaza del Rey, donde Salas y Caltañazor habían encontrado una mina de oro con la zarzuela, que comenzaba á volar muy alto, y se estrenaron, entre otras que no recuerdo, en aquella sola temporada, obras tan importantes como *El Marqués de Carayaca*, de Ventura de la Vega y Barbieri; *El Grumete*, de García Gutiérrez y Arrieta; *El Valle de Andorra*, de Olona y Gaztambide, y *El dominó azul*, de Camprodón y Arrieta.

Para juzgar de todas éstas y aquellas cosas y de cuanto con ellas se relacionara, según los fueros de su bien ganada autoridad, estaban el ya entonces sabio y respetado Fernández Guerra (don Aureliano), que se firmaba *Pipí*,

y Ochoa (don Eugenio), en *La España*; y en *El Herald*, Cañete.

Hecho este ligero croquis del campo de mis hazañas, declaro que para mantener mi absoluto dominio dentro de él, no contaba yo con otras fuerzas ni más caudal de saber que el fárrago de novelas y de toda clase de libracos que había engullido, y de cuya mala digestión conservaba en la memoria, juntamente con lo atropado en periódicos, corrillos y cafés, montones de parrafadas retumbantes, tumultos de hueca palabrería, apotegmas lamentables que yo sabía zurcir en el aire tomando del almacén tres de aquí y una de allá, y algunos latinajos de *cálamo corriente*, muy usados en la prensa política, como *¿ri-sum teneatis?*; *¿quare causa?*; *donec eris felix...*; *amicus Plato, sed magis amica veritas*; *fiat justicia et ruat cælum*; *timeo Danaos et dona ferentes...* y otros tales. Sabía también, por habérselo oído á Matica, y por haberlo leído, que hubo un Boileau que escribió un *Arte poética*, reflejo de otra de Horacio, conocida con el nombre de *Epístola á los Pisones*; la cual *Epístola*, á su vez, estaba inspirada en la *Poética* de Aristóteles; sabía llamar *preceptiva* á cada uno de estos cuerpos de doctrina: preceptiva de Aristóteles... preceptiva de Horacio... ¡Sonaba muy bien! Des-

pués mucho de *delinear caracteres, fluidez de lenguaje, estilo ameno, catástrofe, dualismo, unidades, razones estéticas*, y, sobre todo, *el conflicto, el problema, los ideales*. Estas palabrejas no las soltaba yo de la pluma en cuanto me caía una novela por la banda. «¿Cuál es el *problema?*...» «¿Dónde está aquí el *conflicto?*...» «¿Qué *ideales* se persiguen?...» Sabía algo sobre Molière: que algunas de sus mejores obras eran arreglos de otras de Plauto; y llamaba *Tartuffe* á todo gazmoño, y no ignoraba que Moratín había imitado y hasta traducido á aquel insigne francés. También habían llegado á mis oídos, como modelos de arranque sublimemente enérgico, los famosos *Quos ego*, de Virgilio en boca de Neptuno, para apaciguar una tempestad, y ¡*Qu'il morût!* del viejo Horacio en la tragedia de Corneille. ¡Mucho juego me dieron estas palabrotas!

Pues bien: con todo esto y con los nombres de los poetas y de muchas comedias de nuestro teatro antiguo, y un poco más á su semejanza, y un compendio de Retórica y Poética, de Araujo, en preguntas y respuestas, que compré para estar al tanto del tecnicismo del arte, y saber lo que es *peripecia, anagnórisis, hipálaje, metonimia, hipotiposis* y *similicadencia*, y la escasa luz que podía darme

aquél mi buen sentido educado en los teatros por Matica, pero trastornado por el vértigo de la altura en que me había puesto á predicar sobre lo que apenas sabía discernir, me lancé á la brecha.

Recuerdo que me costó un poquillo tomar la embocadura á la tarea; pero con unos preludios de falsa modestia, un sahumero discreto al talento de mi predecesor, y unas excursiones, eruditas á mi modo, por los cerros del arte, fuese templando el horno. Comencé entonces á barajar nombres y metafísicas y latinajos, y la política imperante y la moral de los estóicos y los fríos de la estación, con el carácter distintivo de la dramática moderna y cuanto se me iba ocurriendo de sopetón, y aquello era volar, porque el meollo me ardía; me devoraba la *fiebre estética*, que dijo un doctor de fama; y de mi pluma caían, entre mares de tinta, borbotones de frases caldeadas. Nada tenía que ver todo ello con el asunto de que se trataba; pero la verdad es que abultaba mucho y que sonaba mucho más. Parecía una función de fuegos artificiales terminada con la explosión de una caja de cohetes.

Leíselo á mis compañeros, y lo aplaudieron; se publicó después, y gustó á los lectores. Esto acabó de cegarme; y desde aquel

día, proclamándome señor y dueño del campo, comencé, con inaudita desvergüenza, á tratar al arte de tú y á mirar por encima del hombro á poetas, novelistas y comediantes. Declaréme, por supuesto, *sprit fort*, para estar en consonancia con el periódico en que escribía; y ví que era de necesidad aplicar á los escritores la *ley de razas*, tal como me la había explicado el madrileño. Recuerdo que la primera justicia que hizo fué en Fernán Caballero, con motivo de su flamante novela *Clemencia*. Yo no podía hablar bien de este autor (cuyo sexo verdadero me era aún desconocido), por ser un pertinaz propagandista de ideas reaccionarias (lo cual iba con *El Clarín* más que conmigo), y no saber dar interés laberíntico, ni unidad ni fondo á sus libros, repletos de *charranadas* andaluzas (y esto era de mi particular iniciativa y de mi especial incumbencia). Además, era de *los de afuera*, otra casta de escritores que había descubierto yo; porque es de saberse que casi iba persuadiéndome de que no se podía tener talento en España más que en Madrid. Para estas pobres gentes usaba yo un procedimiento particularísimo, de mi exclusiva propiedad: una ironía zumbona, sobre la cual retezaba una sonrisa de protectora compasión; tal, que no parecía sino que la mención

aquella era un mendrugo arrojado de caridad al hambriento de mis elogios. Pues con esta sorna cargante me fuí sobre el libro; y, por si era poco y no me entendía el autor, convencido de que con ello le mataba para las letras, adelantándome treinta años á los pedantes de ahora, le asesté estas puñaladas, que, en mi opinión, no tenían cura: «¿Dónde está el *argumento*? ¿Qué *problema* se plantea en él? ¿Qué *conflicto* se resuelve? ¿Qué *ideales* se persiguen?... ¿No hay ideales? ¿No hay conflicto? ¿No hay problema? ¿El argumento es pobre? Luego no hay novela.» Y ya, puesto á matar, lancéme sobre Ochoa y Eguílaz, que acababan de publicar sendos artículos poniendo á *Clemencia* en los cuernos de la luna, cosa que yo no podía consentir. Por fortuna, nadie me hizo caso; pero muchos jóvenes sabios, que no conocían ni de oídas á Fernán y se tuteaban con Cúchares y el Regatero, me colmaron de elogios.

Así crecía mi fama, y se acreditaba mi autoridad, y me temían ciertos cómicos, y me saludaban desde lejos determinados autores, y me tuteaban muchos periodistas; y tanto llegué á inflarme, que esquivaba la compañía de Matica, cuyas sinceridades eran mi castigo, y abandoné la tertulia del modesto café

de *La Esmeralda* y la sociedad de mis paisanos, y me hice concurrente al Suizo entre la *bohemia* de la gacetilla y de la dramática al menudeo; y allí cobré afición á la disputa, y llegué á distinguirme por una facilidad de palabra verdaderamente espantosa.

Á todo esto, mi padre estaba aturcido. «Hombre—me escribía una vez:—no entiendo bien esas cosas que plumeas; pero no quiero ocultarte que revelan mucho saber; y me asombra lo pronto que lo has adquirido y lo gallardamente que lo derramas. Estos Garcías, á quienes he hecho que lean algo de ello por medio del señor cura, están que trinan, y sostienen que el que lo firma es otro Sánchez, que nada tiene que ver con los Sánchez de mi casa. ¡Qué burros!»

En idéntico sentido me hablaba el cura, y de paso me enmendaba la ortografía de algunos latines usados por mí malamente. De mis cuñados, á quienes enviaba gratis el periódico, solamente el procurador se dió por entendido, y aun por entusiasmado. Me lo demostró en una décima, en estilo curial, que tenía que ver.

En fin, que adonde quiera que miraba y por donde quiera que iba, hallaba el camino sembrado de flores.



XXII

No me conformé con esto sólo: había otro campo en que espigar nuevos y muy sabrosos triunfos, y nadie en mejores condiciones que yo entonces para colarme en él. Este campo era *el mundo*, la *buena sociedad*. Quería seguir las huellas que me dejó trazadas mi predecesor; y cuando lo consiguiera, mis revistas tendrían doble atractivo, y mi imperio se dilataría en casi otro tanto por las regiones del *buen tono*. Ya no era yo el apocado y meticoloso provinciano recién llegado á Madrid á pretender un destinillo que nunca se me daba; que estudiaba en los transeuntes el modo de andar y de vestir á la moda, y estrujando los bolsillos para sacar un puñado de pesetas que no eran mías, adquiría con ellas un contrahecho arreo con qué presentarme, tropezón y balbuciente, entre las gentes ele-